

El Manuscrito Bizantino

El Manuscrito Bizantino

Rolando Castillo

Libro I



Monasterio Bizantino

Siempre pensé que de mi boca no debieron salir aquellas palabras. Sin lugar a dudas el emperador bizantino debe haber pensado que yo estaba loco, o que había sido poseído por algún extraño demonio, porque su mirada reflejaba una rara mezcla de curiosidad y desprecio, y luego de terminar mi discurso me di cuenta de que lo que dije iba a costarme muy caro.

Inmediatamente después de terminar de escucharme ordenó a los guardias que me detuvieran, implacable, como correspondía a un hombre que había sido elegido por Dios para gobernar en este mundo en representación suya, y los soldados, impetuosos y ágiles, acudieron a mí, me sostuvieron con sus poderosas manos, y me llevaron a uno de los calabozos del palacio.

No había sido una gran discusión, como las que estábamos acostumbrados a tener desde que poseemos uso de razón. De esta manera él me escuchaba con mirada perpleja y abriendo cada vez la boca más grande. Como no respondía, me fui animando, y poco a poco descargué todos mis argumentos, los cuales no hicieron sino hundirme cada vez más en las penumbras. Porque no se puede estar en contra de los pensamientos de una persona a la cual nuestro Dios da una autoridad tan enorme. Y mucho menos si esa persona es un pobre perturbado, al cual el poder ha hecho tanto mal, y cuyas reflexiones no van más allá de los que dice su libro preferido, del cual no se desprende nunca, incluso nunca va más lejos de lo que le aconsejan esas cuatro o cinco personas que solamente quieren sacar provecho de su poca aptitud mental.

Sin ninguna duda nuestro emperador jamás fue una luz en cuanto a capacidad de razonamiento se refiere. Pero a partir de que eligió a ciertos individuos como sus consejeros, ministros y secretarios, ha estado de mal en peor. Eso siempre me ha molestado, porque para consejeros leales de un emperador estamos las personas como yo, que hemos estudiado las letras y las artes, la retórica y la filosofía, el derecho y la política. Yo, que he tenido los mejores maestros, tenía que ver cómo poco a poco estos hombres salvajes e incultos iban dominando la corte del emperador, y sobre todo, su perturbada mente, transformando a una persona que prometía ser al menos responsable, comprometido y generoso, en el más desgraciado de los hombres, demostrando que un individuo, por más preparado que esté, puede volver atrás de manera muy fácil, en todo lo que se trate de

conocimiento y razonamiento.

Sin dudas estuve muy poco precavido. Incluso se puede decir que yo sabía que con cada palabra que pronunciaba estaba dando una palada más en el foso que estaba construyendo y que sería mi propia tumba. Y yo sabía que el emperador no necesitaba rebatir mis argumentos. Simplemente se dedicó a escuchar un poco molesto y turbado, hasta que terminé. Y entonces sólo tuvo que dar la orden. Si su poder es prácticamente ilimitado, no tenía porqué vencerme con argumentos. Me hizo encerrar y se terminó la discusión, que, como ya dije, de controversia razonable no tuvo nada, simplemente fue un triste y lamentable monólogo. Ya no podía discutir con cuatro paredes de piedra, ni con los instrumentos de tortura que me hacían una ingrata compañía, ni con los horrorosos insectos que turbaban con su sola presencia la claridad de mi mente.

Ahora que he contado la causa de mi desgracia puedo presentarme. Mi nombre es Tomás, soy miembro de una de las familias más prominentes del imperio, y vivía en ese entonces en el palacio que los bisabuelos de mis bisabuelos construyeron con vista al mar, al sur de la Ciudad, cuando la familia consiguió ese gran prestigio y autoridad que hasta ese momento mantenía. Por culpa mía nuestra familia sufrió muy graves consecuencias, y por eso les pido perdón, si es que eso sirve de algo ahora que ha pasado tanto tiempo y tanto dolor.

Pasaron muchas horas solitarias, sucias y hambrientas, hasta que uno de los guardianes se dignó traerme una barra de pan y un poco de agua. Muchas horas más transcurrieron, y mis sentimientos estaban profundamente encontrados. No sabía si alegrarme de que no vinieran a torturarme, o apenarme porque nadie se ocupaba de mí. No me arrepentía de haber dicho lo que tenía dentro de mí, pero sí de haberlo dicho de una forma tan imprudente. Ahora estaba pagando por eso, y la verdad es que aún no tenía ni la más remota idea de lo que me esperaba. Llegaría a vivir hechos que jamás hubiera imaginado cuando vivía encerrado entre las salvadoras, acogedoras e invencibles murallas de la Ciudad.

Luego de varios días sin compañía, sin luz, casi sin aire, durante los cuales viví en forma casi permanente con mucha hambre y sed, llegaron hasta mi celda varios soldados, abrieron la puerta violentamente y me gritaron que me pusiera de pie. Aterrorizado, me puse de pie tan pronto como mi debilidad, que iba todo el tiempo en aumento, me lo permitió, sólo para que una de esas bestias me tomara del brazo y me tirara al suelo de nuevo con un simple empujón.

- Déjalo, que en su momento fue uno de los preferidos del emperador. No sea cosa que nuestro benefactor cambie de opinión y luego se las tome con nosotros. - Indicó uno de sus compañeros.

- Eso no me importa. - Dijo el violento guardia, y me pateó con la punta de su bota en las costillas, causándome un dolor que llegó hasta lo más profundo de mis huesos.

- Basta. - Gritó un tercero, e inmediatamente me tomó del brazo y me condujo fuera de la celda. - Este pobre ya va a tener bastante con el castigo que le impuso el emperador. -

No me preocupé demasiado por el destino que me esperaba. Siempre pensé que era mejor en una situación desesperada saber lo menos posible sobre el futuro. Por suerte el soldado que estaba tan excitado y que descargaba su furia sobre mí no subió al carro en el cual me sentaron y me ataron. Solamente subieron dos guardias, a los cuales tenía a ambos lados tomándome fuertemente de mis brazos, como si no hubieran advertido lo débil que estaba.

Después de media hora de viaje hicieron parar el carro, me desataron y me hicieron bajar a los empujones, pero sin pegarme. Eso me produjo una cierta sensación de bienestar. Me condujeron por el puerto hasta llegar a una pequeña nave, donde me depositaron en manos de otros dos guardias

que de seguro me estaban esperando, los que nada más subir al barco comenzaron a insultarme y a pegarme en la cara con las manos abiertas, como si no desearan dejar marcas sobre ella, hasta dejármela bastante dolorida. Incluso uno de ellos me escupió, y como yo tenía las manos atadas, tuve que soportar ese líquido viscoso en mi dolorido rostro durante bastante tiempo. En pocos segundos estaba tirado en una habitación, especialmente construida como celda, en el fondo de la nave. Allí no había luz, estaba muy húmedo, y se escuchaban ruidos raros, ratas sin ninguna duda. Tenía mis manos atadas a la espalda, y me las habían enlazado tan fuerte que se me estaban durmiendo los dedos. El viaje en barco pareció durar una eternidad, pero pude calcular en forma aproximada que no llevó mucho más de dos horas.

Inmediatamente que hubo atracado el navío, dos soldados que nunca había visto antes abrieron la puerta, me sostuvieron de los brazos en forma fuerte pero no violenta y me condujeron bajando del barco hacia el puerto, que nunca había visto. Allí me estaba esperando un carro, y junto a él unos cinco soldados del emperador. Este viaje sí fue largo. Nadie decía una palabra, y por supuesto no me atreví a abrir la boca, tan enojado que estaba todavía conmigo mismo por haber hablado de más frente a quien no debía, y en forma especial aterrorizado por la idea de que si decía alguna palabra inconveniente alguno de aquellos guardias me mataría a golpes de puño y patadas. Polvo, sequedad, tristeza, dolor, miedo, eran mis principales acompañantes, ya que los soldados no hablaban ni siquiera entre ellos, y me dolía en el alma la incertidumbre sobre mi destino final.

Durante el viaje toda mi vida pasó por mi cabeza. Mi niñez, junto a mi mejor amigo, quien después se convertiría en emperador. Mis estudios, mis mejores maestros, todo lo que había aprendido en la vida, a la cual estaba tan agradecido. Mi vida en el palacio con mis padres y mis abuelos, todos personajes importantes en el imperio y que día a día tomaban decisiones que podían variar el curso de los acontecimientos en el mundo entero. Mis clases de filosofía, donde había descubierto a ese gran pensador que era Platón. Una delicia, comparado con el demasiado estructurado y a veces aburrido Aristóteles. Principalmente recordaba mis días de discusiones teológico filosóficas interminables con mis mejores amigos, de manera especial con Esteban, quien llegó a convertirse en el más grande miembro de la iglesia. Todos esperábamos ser grandes para ocupar cargos muy importantes y destacarnos en la administración tanto de la Iglesia como del Estado. Habíamos sido preparados para eso, para ser gobernantes, y eso es lo que esperábamos hacer, gobernar, mandar, destacarnos, cada uno en lo suyo. Algunos decidieron enseñar filosofía, y corrieron alto riesgo luchando contra las mentes más conservadoras, que no toleraban que se hablara de filosofía sin subordinarla a la teología. Otros hicieron carrera en la Iglesia, donde se destacaría Esteban, como ya dije. Otros entraron en la administración, e hicieron igualmente carreras muy importantes, ya sea como gobernadores de provincias o miembros del Senado. Uno de ellos, mi amigo Nicetas, llegó a ser quien tuviera a cargo la administración de la Ciudad, un puesto que no le envidié nunca, por toda la responsabilidad que lleva. Yo, por mi parte, me dediqué a pasearme por la corte, a seguir profundizando en los estudios filosóficos, y a esperar que alguien notara mis capacidades. Fue por eso que cuando proclamaron emperador a mi amigo, éste me nombró como uno de sus principales ministros. Yo siempre lo apoyé, ya que él era mi amigo, y además, miembro de otra familia poderosa, aunque en ese momento mucho menos importante que la mía. Y él hasta ese instante estaba pagando su deuda conmigo. Pero algo se rompió en nuestra relación al poco tiempo de su gobierno, y eso se debió a sus otros apoyos, el sostén que él no podía despreñar, que venía de otro poder, el poder en las sombras, el poder que surge de la noche y que hace que todo sea posible. Esa gente era sumamente peligrosa. Apenas se acercaron al emperador comenzaron a hacer uso de sus poderosas influencias. Lograron lo que se proponían desde el primer instante, ayudados por el débil carácter del emperador. Lo dominaron desde un primer momento. Y consiguieron hacer desaparecer a todos los otros partidos que había en la corte, especialmente los que tenían a las personas más capaces. Hasta que lograron ponerlo en mi contra. Y yo, como ministro sin experiencia que era, estropeé todo con este asunto. Y aquí estoy, en un miserable carro que hace las veces de cárcel móvil, sufriendo el

merecido castigo a semejante error.

Luego de unos tan espantosos como largos días de tortuoso viaje, de atravesar desiertos de piedra, montes, bosques, ríos, lagos y montañas (qué enorme y bello es nuestro amado imperio), llegamos a nuestro destino final. Allí me di cuenta del castigo que el emperador había decidido hacer caer sobre mí. Apenas llegamos al pequeño pueblito de campesinos fui conducido andando a pie hasta un monasterio que se encontraba casi en ruinas, pero que estaba aún en funcionamiento. Salieron a recibirme unos ocho monjes, que debían ser todos los que había, y en manos de ellos fui dejado por mis incómodos acompañantes. No hablaban demasiado estos simpáticos hombres de Dios. Lo primero que hicieron fue conducirme a una salita vacía, dónde uno de ellos procedió a tonsurarme como Dios manda. Pronto sería otro más de ellos.

Esa tarde pude comer algunos mendrugos de pan, una sopa caliente, y tomar abundante agua. Así sentí que revivía, aunque tuviera que comer en silencio con ocho personas que no me dirigían la palabra, y que me miraban con suma desconfianza. La sala donde comimos estaba tan en ruinas como todo el monasterio, que debía haber sido construido por lo menos hacía quinientos años, y que desde hacía mucho tiempo no debía recibir ningún tipo de ayuda de nadie. El monasterio quedaba más o menos a una hora de camino a pie desde el pueblo, y yo todo lo que quería hacer era ir hasta allí a ver si podía comenzar a hacer una vida normal.

Estaba seguro de que todas mis propiedades ya habían sido confiscadas por el emperador, o sea que me encontraba absolutamente solo y sin nada de ayuda en este mundo. Mi pobre familia no debía entender muy bien qué era lo que pasaba. Espero que algún día me perdonen. Además el viaje había durado en total por lo menos unos veintiocho días, si no saqué mal la cuenta, o sea que calculando la distancia recorrida por un carro en esa cantidad de tiempo pude concluir que me habían llevado casi al límite del imperio. La consecuencia de ello era muy simple: estaba en la frontera, en un monasterio en las cercanías de un pueblito de campesinos que probablemente en cualquier momento fuera atacado por bárbaros de cualquier tipo y calaña. Uno de esos pueblitos que el emperador solamente se preocupa en defender cuando son ocupados por estos salvajes, porque en general sus habitantes se arreglan solos, cuando pueden, y si no, mueren sin que nadie se lamente demasiado, salvo el recaudador de impuestos imperial. El razonamiento general en la corte y en la Ciudad sobre estos problemas es más o menos el siguiente: luego de ser conquistado por bárbaros, en la habitual campaña de reconquista el imperio vencerá a éstos, recuperará el territorio y fundará otro pueblo nuevo en su lugar o cerca de donde estuvo éste. Pero mientras tanto los que mueren o son esclavizados son los ocupantes de la aldea fronteriza.

Con el tiempo me di cuenta de que los monjes vivían en el monasterio solamente porque allí eran alimentados por la caridad de la gente del pueblo. La mayoría de estos hombres de Dios eran ignorantes, algunos solo sabían algunos párrafos de la Biblia, otros no sabían siquiera escribir bien, y todos hablaban en un idioma deformado, con gran cantidad de palabras que no conocía, y al cual me costó muchísimo adaptarme.

En el pueblo también hablaban ese idioma horrible, apenas parecido al hermoso e insuperable instrumento artístico del intelecto humano al que yo había estudiado con tanta dedicación desde niño. Además, las palabras que utilizaban de mi idioma eran pronunciadas de una manera horrible.

Era tan pobre esta gente cuando hablamos de dinero y poder, como ignorante es su saber. En general se trataba de gente muy rústica, que ha pasado su vida arando la tierra, pescando en el lago vecino o en los ríos cercanos y tratando de vender sus productos para poder sobrevivir, mantener a sus familias y plantar nuevas semillas en la siguiente temporada. Así se pasaban la vida sin preguntarse el porqué de las cosas, simplemente resignados a sus vidas de miseria y pobreza. No podía encontrar a nadie con quien tener una buena conversación, ni mencionar la posibilidad de

poder hablar de filosofía o teología, o aunque más no sea discutir sus rudimentos. Todos hablaban casi con monosílabos, me miraban con desconfianza como si fuera un perturbado cuando trataba de dialogar, y cuando yo decía una sentencia o una frase de algún filósofo se quedaban mirándome como si hubiera hablado en otro idioma. Era un pueblo detestable, en todos los sentidos. No le tenía simpatía a ninguno de sus habitantes, todos eran absolutamente simples, como bestias salvajes, todos pensaban únicamente en hacer su producción para poder sobrevivir, tener una familia, procrear en forma irracional y pelearse entre sí. Porque peleas nunca faltaban. Por cualquier motivo. La cuestión era que a veces sin decirse palabra dos personas sacaban sus cuchillos y comenzaban a tratar de cortarse las carnes, y así, sin ruido, todos los días había algún herido, que las mujeres o los ancianos del pueblo trataban de sanar antes de que se les infecten las heridas.